

# Divagaciones en torno a la Senectud

## I) *Justificación del tema*

Cualquier persona normal puede en todo momento reflexionar sobre el tema que sea y el envejecimiento y la vejez son un tema más. Sí, sólo que todo indica que en este se podría abordar la temática sólo si se satisficieran ciertas condiciones. Por ejemplo, es evidente que si fuera una persona joven quien intentara pronunciarse sobre el tema de la vejez el contenido de su pensamiento tendría que limitarse a ser casi totalmente *a priori* y en esas condiciones sería poco probable que el esfuerzo intelectual rindiera frutos aprovechables. Infiero entonces que la primera condición que se tiene que satisfacer para que cualquier meditación sobre el tema de la vejez pueda ser tenida como seria y provechosa es que tiene que provenir de alguien que esté ya en esa etapa de la vida y que haya pasado o esté pasando por el penoso proceso de envejecimiento. Hay, por lo tanto, un sentido en el que sólo esas personas tienen autoridad para pronunciarse sobre el tema que nos ocupa. Aprovecho para decir que en lo que a mí concierne yo sí cumplo con esta condición, puesto que se trata de un tema que descubrí a los 73 años de edad. Para mí el tema es totalmente nuevo y creo que tengo ya la edad suficiente para adentrarme en él. Una segunda condición para que podamos hablar de reflexión seria sobre la vejez es la garantía de que al trabajar en dicho tema **no se estará haciendo un mero trabajo de auto-biografía**. La investigación filosófica de la vejez, se le conciba como se le conciba, no puede consistir en presentar anécdotas, relatar aventuras, recordar vicisitudes, desgracias y demás. Narraciones de esa índole pueden ser de interés para literatos o para historiadores, pero no para filósofos. Claro que se pueden salpicar las reflexiones que se hagan con ejemplos y descripciones de situaciones pasadas o de datos relevantes, pero la columna vertebral de la narrativa tiene que ser básicamente impersonal y objetiva. Y, por último, parecería que si bien es *prima facie* legítimo, no está en lo más mínimo claro de entrada que el tema de la vejez sea realmente de interés para la filosofía, como lo pueden ser la verdad, el conocimiento, la creación artística, los números o el significado y como no lo son la velocidad de la luz, el surgimiento de una nueva galaxia o el examen del funcionamiento de las neuronas. Por lo tanto, una tercera condición para discurrir seriamente en torno al tema de la vejez es que éste tiene que estar **justificado**. Pero ¿en qué podría consistir una justificación así? A mi modo de ver, la única forma de “justificar” realmente el tema del envejecimiento y la vejez consiste en encontrar una conexión entre dichos temas y algún tema impersonal cuyo interés filosófico nadie cuestionaría. Ahora bien, desde mi punto de vista el tema de la vejez está lógica, semántica y epistemológicamente vinculado con los temas de la muerte y del sentido de la vida, temas filosóficamente inobjtables. Naturalmente, esta conexión es algo

que se tiene que mostrar, pero a decir verdad no creo que ello sea particularmente difícil de lograrlo. Podemos entonces con reservas asumir que puede haber tal cosa como una reflexión filosófica seria que verse sobre el envejecimiento y la vejez.

Ahora bien, una vez aceptada (por lo menos en principio) la legitimidad filosófica de nuestro tema, de inmediato se nos plantea un sinfín de dudas y de problemas. Por ejemplo, dejando de lado toda clase de resultados científicos: ¿se puede echar luz sobre el tema de la vejez, se pueden tener pensamientos o descripciones que valgan para todas las personas de cierta edad? Dicho de otro modo: ¿puede haber una teoría general de la vejez o más bien cada quien tiene que realizar su propio análisis y sacar sus propias conclusiones, las cuales sólo valdrían en cada caso para sí mismos?

Mi convicción de inicio es que sí podemos alcanzar resultados generales que no habrían sido obtenidos por medio de precipitadas generalizaciones, sino más bien con base en otra clase de argumentación. Algo así es precisamente lo que espero poder proporcionar en este trabajo. Lo que en cambio no está claro es si esta reflexión en torno al envejecimiento y la vejez puede también tener efectos prácticos. ¿Podría idearse algo así como un manual de cómo envejecer, un manual que le sirviera tanto al vikingo como al hotentote o al newyorkino? Y ¿podría la reflexión filosófica sobre la vejez ser de interés también para el joven o para el hombre maduro? ¿Podrían éstos aprender algo antes de convertirse en viejos? ¿No forzosamente una reflexión así puede resultar de interés **sólo para** quien es **ya** un viejo? Deseo sostener que la reflexión en torno a la vejez es a final de cuentas parte de una reflexión sobre la vida humana, una reflexión que cada quien en principio **podría** efectuar desde lo que sería su posición **única** en la vida. Bien, pero ¿para qué querría reflexionar sobre su estado un hombre viejo? Me parece que podemos señalar al menos dos objetivos:

- a) para hacer un balance de su propia vida, *i.e.*, **su** balance, y
- b) para dar expresión a lo que podríamos denominar sus “lecciones de la vida”, lo que la vida le enseñó, su “sabiduría”. No hay estudios de posgrado para la comprensión de la vida ni se entregan diplomas de “conocimiento de la vida”. No obstante, hay un cierto conocimiento, que sólo el viejo puede tener y que puede ser no sólo valioso para él, sino también transmitible o heredable y en ese sentido prácticamente útil para otros.

La reflexión por parte de un hombre entrado en años en torno a diversos aspectos objetivos de su vida, por ejemplo, sobre cómo deberían ser las relaciones padre-hijo, inclusive si éstos son considerados de manera abstracta, ciertamente puede generar pensamientos interesantes, bellos, útiles, edificantes y que pueden servirle a,

*e.g.*, gente joven. Ahora bien, aunque es cierto que la meditación del viejo debería culminar con lecciones de existencia útiles para otros, es relativamente obvio que la labor misma de reflexión tiene que iniciarse **pensando en uno mismo** y transitando de consideraciones sobre eventos particulares de la existencia pasada consideraciones sobre aspectos generales y objetivos referentes al proceso mismo de envejecimiento y al estado general de vejez.

No creo que pueda cuestionarse la afirmación de que el tema de nuestro puesto en el mundo y del fin de nuestra existencia ha sido, es y seguirá siendo de interés para cualquier ser pensante. Filosóficamente, lo interesante e importante no son, *e.g.*, las causas de tal o cual deceso, sino el dato mismo de estar a un paso de **dejar de existir**. Dado que no tenemos elementos para hacer nuestra la idea de una vida de ultra-tumba, nuestro dato principal, el dato duro que nos sirve de punto de partida es, como se dice en los *Notebooks 1914-1916*, “la conciencia de la unicidad de nuestra vida”<sup>1</sup>, tanto en el sentido de que no hay dos vidas iguales como en el sentido de que la vida es irrepetible. Es esta “intuición” lo que nos fuerza a pensar sobre cómo utilizar o aprovechar de la mejor manera posible la que tenemos y es por eso que la ética es imprescindible. Pero para poder pronunciarnos de una manera que no sea meramente abstracta, a través de meras conexiones conceptuales, es menester haber recorrido un largo trecho en el camino finito de la vida y eso sólo los humanos mayores pueden hacerlo.

Así, pues, la reflexión sobre la vejez de algún modo desemboca en una reflexión sobre la vida como un todo y ésta a su vez a una especie de juicio en el que uno es simultáneamente el acusado y el fiscal. En cierto sentido, las consideraciones de un hombre viejo acerca de la vida partiendo de consideraciones en torno a **su** vida, probablemente constituyan su último ejercicio de reflexión. Tomada en serio, dicha reflexión es todo lo que se quiera menos un asunto banal, pueril o baladí. Es en esta tesitura que me propongo enfrentar en unas cuantas páginas tan delicada temática.

## II) *Consideraciones preliminares*

Yo creo que una pregunta sencilla que puede ayudarnos a iniciar nuestra investigación es: ¿a partir de **cuándo** puede decirse de alguien que ya es un viejo y por consiguiente que su reflexión acerca de la vejez puede ya arrancar? Esta pregunta presupone la adopción de un punto de vista determinado respecto a lo que serían las diversas etapas de la vida. Ese sin embargo es, obviamente, un tema resbaladizo acerca del cual la única certeza que tenemos es que no se le puede tratar, digamos, matemáticamente.

---

<sup>1</sup> L. Wittgenstein, *Notebooks 1914-1916* (Oxford: Blackwell, 19 ), p.

La vida tiene un inicio y un fin y entre estos dos extremos no hay cortes. Los extremos son el nacimiento y la muerte, así como lo son antes de nacer la gestación y el nacimiento. Por lo tanto, dónde termina la etapa de madurez de una persona y dónde empieza la vejez a final de cuentas sólo puede ser el resultado de una **estipulación** y en ese sentido es un tanto arbitrario. Todo depende de otras clasificaciones, estadísticas, definiciones, resultados científicos, como por ejemplo la edad promedio de muerte en un grupo poblacional determinado dependiendo del país, de la época, de los niveles de desarrollo, de industrialización, de salud y demás. En todo caso, para los objetivos de este trabajo estipularé que consideraré a un ser humano de nuestras sociedades occidentales como “viejo”, de la “tercera edad”, “senecto”, “en su última etapa de vida”, “anciano”, “senil” y “proyecto o de edad proyecta” a alguien que ya rebasó los 70 años y usaré todas esas expresiones como equivalentes, desentendiéndome de sus respectivos matices semánticos, los cuales para nuestros propósitos son irrelevantes.

Consideremos ahora rasgos generales de los seres humanos. Mi dogma es el siguiente: los seres humanos son básicamente lo mismo: todos quieren lo mismo, temen lo mismo, luchan por lo mismo, etc., con, evidentemente, las variantes empíricas correspondientes. En eso consiste ser miembro de una especie y nosotros somos miembros de la especie humana (*homo sapiens sapiens*). Quizá la mejor manera de ilustrar lo que digo sea echarle un vistazo a la vida animal. Desde luego que cada animal tiene su individualidad, pero en general todos se comportan de la misma manera. Un león va a buscar su propia manada, matará a los cachorros existentes, tratará de ahuyentar de la manera más feroz posibles a las hienas y a cuanto depredador encuentre y así sucesivamente, y vivirá así hasta que aparezca un león más joven que lo expulse de la manada o lo mate, y este segundo león hará exactamente lo mismo que el anterior. Así han venido viviendo los leones desde hace millones de años y lo que quiero sugerir es que lo que pasa con los leones pasa no sólo con los demás animales sino también con los humanos.

Obviamente, la cultura canaliza las reacciones espontáneas y las conductas de las personas y permite que éstas revistan las más variadas de las formas. Para efectos de esta exposición, llamaré a las características biológicas de los humanos características **necesarias**, para contrastarlas con las que serían meramente contingentes, las cuales brotarían de la pertenencia a tal o cual cultura, en tal o cual época, de vivir en tal o cual clima, etc. Entre las características contingentes habría que incluir también las peculiaridades psicológicas de cada individuo. Visto el ser humano de esta manera, podemos conciliar su mismidad fundamental, explicable por su pertenencia a una especie, con las peculiaridades de cada individuo. Es cierto que todos queremos lo mismo, que nuestro sentido común es básicamente el mismo, que

reaccionamos espontáneamente de la misma manera frente a los mismos estímulos, etc., pero cada quien actúa y reacciona **a su manera**.

Dada la naturaleza de la temática, creo que es inevitable dar inicio a mis observaciones sirviéndome de algún tropo para lo cual recurriré a uno sumamente simples. Esto de todos modos es interesante porque indica que el lenguaje literal no es en todos los casos el más apropiado o el único. Por ejemplo, podemos recurrir a la gastada imagen de la vida como la cinta de la película compuesta de cada uno de sus cuadros y entonces afirmar que el proceso de envejecimiento es como una película que poco a poco se aproxima a su fin y el estado de vejez es cada uno de los cuadros de la cinta a partir de cierto momento fijado más o menos arbitrariamente. Este símil es aceptable por el simple hecho de que envejecer es obviamente un **proceso** en tanto que el ser viejo es un **estado** y es esa diferencia lo que el símil resalta, pero hay que entender que con él a final de cuentas no se esclarece nada, es decir, no constituye ninguna explicación. En realidad, para lo único que sirve el símil en cuestión es para dejar en claro que no es factible establecer una línea divisoria objetiva entre una etapa de la vida y otra y que casi cualquier propuesta en ese sentido incorporará inevitablemente elementos de arbitrariedad. Y esto a su vez nos permite entender por qué el predicado “ser viejo” es como el predicado “ser calvo”, en el sentido de que ambos son de aplicación fluctuante: cuándo deja uno de ser un hombre maduro para convertirse en un hombre viejo es algo que no se puede determinar con exactitud, así como no podemos decir cuándo o dónde se empieza o se deja de ser calvo. Esto hace ver que tenemos que olvidarnos de la idea de que podemos operar por medio de definiciones estrictas, en términos de condiciones necesarias y suficientes, así como de resultados fácilmente válidos en todos los casos y comprobables empíricamente. Y un problema con los símiles es precisamente que pueden ser sumamente equívocos por cuanto resulta muy fácil emplearlos pero también no verlos como lo que son, sino verlos como descripciones. Por ejemplo, muchas personas ven el envejecimiento como decadencia y la vejez como una enfermedad. Es cierto que se les puede ver de esa manera, es decir, **como si** fueran eso, pero lo que no podemos hacer es entender lo que se dice como si se estuviera **describiendo** algo. Así, por ejemplo, si examinamos el concepto común de enfermedad, entonces la vejez ciertamente no puede ser una enfermedad. Una enfermedad es un estado anómalo, anormal, que tiene causas en principio detectables, contagiante, tratable mediante medicamentos, que tiene un principio, un desarrollo y un final después del cual se regresa al estado normal de salud, etc. Nada de eso pasa con la vejez que, en cierto sentido, es lo más normal del mundo, aunque es ilustrativo decir de ella que en algún sentido es como una enfermedad.

La vejez es éticamente neutra: no es ni buena ni mala, sino simplemente una realidad. De ahí que todas las caracterizaciones que de ella se hagan, por medio de

símbolos o de cualquier otro modo, estarán cargadas de evaluaciones y de apreciaciones subjetivas no hechas explícitas. Por ejemplo, la vejez ha sido vista como un castigo y hay situaciones en las que en efecto es eso precisamente lo que se tiene ganas de afirmar pero, una vez más, no debemos pasar por alto que se trata de una analogía, es decir, que no se está hablando literalmente. Ahora bien, lo que yo deseo sostener es que tomar símiles como esos es simplemente expresar algo que los hablantes en general no sabrían cómo decir de manera literal y entonces se generan metáforas, caricaturas y demás a las que posteriormente se les quiere tomar como si por medio de ellas se estuviera diciendo algo verdadero o falso y esto a su vez genera una concepción equivocada del fenómeno del que hablamos.

Como mencioné más arriba, tanto el envejecimiento como la vejez han sido concebidos en diferentes culturas y en diferentes épocas como un castigo. Es relativamente obvio que es sólo en una sociedad poco desarrollada espiritualmente que una concepción así podría resultar aceptable. Ver la vejez como un castigo es entender el fenómeno de la vida en términos de voluntades, imposiciones, etc., puesto que un castigo es algo que se impone, pero si ese fuera el caso tendríamos que poder dotar de sentido a la pregunta: ¿quién impone el castigo del envejecimiento? Y ¿por qué el ser humano en cuanto tal tendría que ser castigado? Obviamente, la respuesta en términos de comisión de un supuesto pecado no podría sernos útil en este contexto pero además, asumiéndola momentáneamente, tendríamos que poder responder a otras preguntas, como ¿por qué, si los tigres y los elefantes nunca cometieron ningún pecado, también envejecen y mueren? Un símil mal entendido automáticamente induce a la elaboración de concepciones erradas de la vida, porque ¿por qué sería la vejez un castigo? ¿Qué se gana con asimilar la vida humana con un proceso que amerita un castigo, que sería precisamente la vejez? De hecho, me parece que sólo se podría ver en la vejez un castigo si los humanos tuvieran alternativas, es decir, si fuera posible que por conducirse de determinada manera los individuos pudieran quedar exentos de todo castigo. Independientemente de si ello fuera realmente así o no, la idea al menos tendría sentido, aunque vale la pena notar que de hecho no tenemos ni idea de cómo tendría que ser la conducta salvadora y, por otra parte, afirmar que hágase lo que se haga de todos modos seremos castigados es como propiciar la inmoralidad. En verdad, la idea de castigo aplicada a la vida no funciona. Más bien, con lo que hay que reconciliarse es con la idea de que todo lo que tiene vida tiene también que morir, así como el mundo de la materia está sometido a un incesante cambio. Como esta verdad puede ser difícil de asimilar, sucede entonces lo que dijimos: se construyen símiles a primera vista atractivos, los cuales aparentemente permiten dar cuenta de ciertas situaciones, pero cuando se les quiere tomar literalmente resulta que no sólo no son explicativos, sino que más bien crean innecesariamente múltiples confusiones y dificultades insolubles.

Esto nos lleva al núcleo del asunto: ¿sería factible que los seres vivos no envejecieran y murieran? Yo pienso que eso justamente es **lógicamente** imposible. No hay nada, ni el mundo de la física ni en el de la biología, que dé cabida a una idea diferente. En otras palabras, cualquier concepción radicalmente diferente de la vida más que teóricamente insostenible es intrínsecamente absurda. Lo que tenemos que entender (y aceptar) es que la vida no podría ser diferente de como es. Cuando es analizada, la idea de un ser vivo que se mantiene indefinidamente en el reino del ser resulta enteramente ininteligible. Se sigue de todo lo que hemos dicho que el envejecimiento y la vejez no pueden ser entendidos ni como castigo ni como enfermedad. El envejecimiento es un fenómeno natural que estrictamente hablando ni siquiera se siente; más bien sólo se constata y, eventualmente, se padece. En cierto sentido, el envejecimiento podría inclusive ser visto como el proceso más democrático posible: ni reyes ni plebeyos escapan a él. De manera que lo que tenemos que hacer es reconciliarnos con la única concepción que parece razonable y sensata de la vida, que es la que hace del envejecimiento un proceso natural inevitable. Con base en consideraciones análogas tenemos que desechar de una vez por todas la propuesta de ver la vejez como una enfermedad. Con esto en mente, trataremos ahora de ir paulatinamente pintando un cuadro del envejecimiento y de la vejez que podríamos denominar ‘racionalista-racional’ que inclusive si resultara convincente, estoy seguro de que lo más probable es que no pasaría de ser un conglomerado reducido de brochazos que distaría mucho todavía de ser un cuadro completo de este muy complejo fenómeno humano.

### **III) *Envejecimiento orgánico y envejecimiento psico-social***

Se les caracterice como se les caracterice, envejecimiento y vejez son fenómenos humanos, *i.e.*, conciernen a personas. De ahí que, si lo que queremos es comprenderlos, necesitaremos un esquema general del ser humano que, entre otras cosas, nos permita ver la última etapa de la vida humana como algo efectivamente comprensible. Un ejemplo de “esquema” de esa clase es precisamente el generado por Descartes, de acuerdo con el cual el ser humano es una fusión de dos sustancias, la extensa y la pensante, el cuerpo y la mente. Este esquema es muy atractivo sólo que, desde pensadores como K. Marx y L. Wittgenstein, resulta ya totalmente inviable. Dado el carácter social de la vida y el lenguaje humanos, ahora un esquema más apropiado sería no un simple esquema dualista “mente-cuerpo”, sino uno “trilateralista” que comprendería:

- a) la vida orgánico-corporal
- b) la vida psíquica organizativa (el yo”)
- c) la vida psíquica relacional (sentimientos, emociones)

Esto amerita algunas aclaraciones. Primero, la reducción tradicional de (c) a (b) resultaba factible porque Descartes trabajaba con la noción de sustancia y lo que practicaba era un solipsismo metodológico. De acuerdo con este esquema, todo lo no físico de la persona se tenía que explicar en términos de “propiedades mentales”. El problema es que ahora sabemos que por ser lingüístico el ser humano es esencialmente social y por ser social es lingüístico. De ahí que lo que antes era fácilmente catalogado simplemente como “mental” ya no puede seguir siendo visto de ese modo, porque ahora entendemos que la vida mental de la persona es inexplicable sin aludir a otros, a los demás. Por ejemplo, alguien puede decir que el estar enamorado es un estado del sujeto y por lo tanto es una propiedad de “su mente”, pero eso es claramente un error supino: cuando uno está enamorado está enamorado **de alguien** y por lo tanto es un estado de una persona que necesariamente involucra a por lo menos otra persona; por lo tanto, es de carácter relacional y, por consiguiente, es también de carácter **social**. Podría concederse que si, por ejemplo, un abuelo quiere a su nieto, lo que él siente, su afecto es un “estado interno”, pero el punto es que dicho estado interno no habría podido suscitarse sin un objeto **externo** al sujeto, que en este caso es su nieto. Así, pues, la vida “mental” del ser humano abarca más cosas que lo que los dualistas usuales simplemente asumen.

Lo que tenemos que hacer ahora en relación con estas facetas de la vida humana es describir brevemente cómo se relacionan entre sí. Mi sugerencia es que con lo que aquí nos topamos es con una cierta jerarquía “ontológica” establecida objetivamente en términos de **condiciones necesarias de posibilidad**. Es obvio que para que alguien pueda sentir afecto por otra persona además de una vida “mental” tenemos que presuponer cuerpos. Así entendidas las cosas, el cuerpo es la condición necesaria de posibilidad de la vida mental y ésta a su vez es la condición necesaria de posibilidad de la vida social de la persona. Dicho de manera simplista: no hay relaciones entre personas sin vida mental y no hay vida mental sin cuerpos. La relación “condición necesaria de posibilidad” es obviamente transitiva y no es reductiva: lo mental no es explicable como un “efecto causal” de lo material ni lo relacional como un derivado causal de lo mental. Dicho de otro modo: sería un craso error confundir condiciones necesarias de posibilidad con relaciones causales. En todo caso **no** es eso algo que yo estuviera dispuesto a sostener o defender. Se trata de clases de relaciones drásticamente distintas.

La distinción entre lo corporal y orgánico del ser humano, su faceta mental y su dimensión social es importante, porque salta a la vista que el ser humano envejece a diferentes ritmos en cada una de esas vertientes o conductos de vida. Es por eso que, por ejemplo, tiene sentido afirmar de un individuo de la tercera edad que “se ve joven” o que “es como si hubiera rejuvenecido” o cosas por el estilo; y a la inversa, se puede

decir de un hombre de 30 años que “parece un anciano” o que “está tremendamente avejentado” y cosas semejantes. Obviamente, hay límites que no se pueden rebasar y en última instancia, en virtud de lo que son las condiciones necesarias para la posibilidad de ser del ser humano, el envejecimiento decisivo es el del cuerpo. Por consiguiente, hay un sentido en el que puede decirse que el ser humano está sometido a diferentes clases de “tiempos”. El tiempo físico, es decir, el medible, cuantificable, verificable o, por así llamarlo, ‘cronométrico’, es el tiempo objetivo, pero es evidente que no es con los relojes de este tiempo que se mide el envejecimiento de las personas consideradas como un todo. Según los biólogos y los fisiólogos, el envejecimiento orgánico es un proceso que empieza muy pronto, alrededor de los 23 o 24 años. A esa edad los órganos del cuerpo humano están en plenitud de forma y a partir de ese momento empieza su decaimiento, su envejecimiento o, si se prefiere, su decadencia. Sin embargo, es también la edad en la que se empieza a trabajar, a producir, a crear desde muy variados puntos de vista. Cuerpo y mente, por lo tanto, no se desarrollan ni envejecen a un mismo ritmo, a una misma velocidad. De hecho, se pueden dar todas las combinaciones posibles: una persona puede tener un cuerpo deteriorado, pero ser de mente ágil y ser socialmente activo; otra persona, puede estar físicamente bien conservada y sin embargo tener sus facultades mentales mermadas o disminuidas, etc. La pauta última, sin embargo, la fija el cuerpo.

Los estragos que causa en la persona el paso de tiempo son distintos en cada una de las modalidades de ser y, por consiguiente, se les enfrenta o combate de manera diferente en cada caso. Es perfectamente comprensible que con el deterioro natural y el envejecimiento propulsado por toda clase de vicios, accidentes, pésimas dietas y demás, todos los órganos vayan volviéndose cada vez más disfuncionales. El cuerpo deja de estar en lo que serían sus condiciones óptimas y como consecuencia de ello la persona se va volviendo descuidada, frágil, olvidadiza, etc. O sea, el deterioro físico, de uno u otro modo, condiciona acelerando o acentuando el deterioro psicológico de la persona y éste a su vez genera complicaciones en las relaciones que ésta mantiene con las personas de su entorno. Poco a poco, el viejo se va volviendo una carga, una molestia, una fuente de preocupaciones para los demás y seguir en la existencia se convierte en una faena cada día más pesada, tanto para los demás como para los demás. A pesar de todo, la relación “deterioro físico/deterioro psicológico” no es ni inmediata ni directa ni simple, salvo quizá en casos excepcionales. Lo que con eso quiero decir es que la vejez psicológica, si bien condicionada por el envejecimiento orgánico (en este caso, cerebral), es descriptible y comprensible independientemente de lo que muchos se inclinarían a pensar que son sus “causas” corporales. El tema, obviamente es sumamente intrincado y por razones de espacio no intentaré aquí y ahora entrar en detalles. Por último, lo que podríamos llamar ‘vejez social’ consiste básicamente en la reducción o disminución (que puede llegar a ser casi completa) del sistema de relaciones entre el sujeto y el conjunto de personas de su entorno. En los

casos de ancianos que viven en un asilo, su sistema de relaciones se reduce a esporádicas visitas de personas supuestamente ligadas sentimentalmente a ellos pero, sobre todo, al contacto cotidiano con las enfermeras que los atienden. Obviamente, la destrucción del, por así llamarlo, “tejido social” de la persona es una muy elocuente expresión de que su vida llegó ya a sus límites, pero puede darse el caso de que a una persona se le haya caído su mundo social pero intelectualmente siga estando lúcida. Sin duda alguna, a las personas abandonadas las invade un sentimiento de desvalorización total, caen en depresiones terribles y se ven anonadas por la tristeza. Retomaremos rápidamente estos amargos temas más abajo.

#### **IV) *Modalidades de Envejecimiento***

En mi opinión, con base en lo dicho podemos sostener que la vejez y el envejecimiento requieren forzosamente de por lo menos tres enfoques que son no sólo autónomos sino también complementarios y que podríamos identificar como el enfoque “médico”, el cual concierne exclusivamente al deterioro orgánico, el psicológico, que tiene que ver sobre todo con la construcción y la deconstrucción paulatina del “yo” y el aspecto social de la vejez, el cual concierne tanto a las actitudes del viejo hacia los demás como el sistema de relaciones que mantiene con las personas de su universo. Sobre esa base, diré entonces unas cuantas palabras sobre el aspecto de la vejez que no por ser el más decisivo es el más interesante, *i.e.*, el envejecimiento orgánico, para concentrarme posteriormente en las dos otras modalidades de vejez que, con mucho, son la que más claramente se vinculan con consideraciones de orden filosófico.

A) *El envejecimiento biológico.* ¿En qué consiste y cómo se manifiesta el envejecimiento físico-biológico? Básicamente, en un progresivo debilitamiento de tejidos y órganos, en la incapacidad celular cada vez más notoria de reproducirse y en una cada vez mayor disfuncionalidad orgánica. Se trata de un fenómeno público y notorio. Los síntomas son relativamente evidentes: disfunciones orgánicas (estomacales, cardíacas, mnémicas, etc.), necesidad cada vez mayor de medicamentos, eventualmente de intervenciones quirúrgicas, fragilidad, inflamaciones, debilidad corporal global, arrugas, dependencia de otros, etc. Asimismo, es notoria la incapacidad cada vez más patente de recuperación. Un niño se cae, se raspa, llora, se levanta y al otro día ya no tiene nada. Un adulto mayor se cae y debería considerarse muy afortunado si no se rompe el fémur, la cadera, si no se hiere en la cabeza, etc. Ahora bien, lo trágico del asunto es que, haga lo que haga, es casi imposible que el individuo no padezca y sufra por el deterioro orgánico y corporal. Nadie muere estando físicamente sano (obviamente, dejando de lado accidentes, suicidios, etc.); peor aún: en general es sólo con la muerte se puede dejar de estar consciente de ello. El problema es que no hay escapatoria: no se puede ser un

ser viviente y no pasar por la etapa de la decadencia física a menos de que, como ya lo señalé, uno muera. No obstante, es un hecho que dicha etapa puede atenuarse. ¿Cómo se combate el deterioro físico? Básicamente, con dietas, con ejercicios, con actividades y distracciones, con productos de distinta índole (hay toda una industria de cremas, cuidados dentales, check-ups, etc.) y así sucesivamente. Todo esto es cierto, pero pienso que también el trato que reciba el anciano es determinante. El afecto, el trato afable, etc., nunca están de más y hacen más llevaderos los dolores y las limitaciones. Lo que en todo caso es claro es que hay realidades, como la decadencia corporal, que son ineludibles. Inclusive las personas más cuidadas del mundo, personajes como H. Kissinger, quien vivió cien años, no pueden aspirar a conservar su cuerpo funcionando debidamente mucho más que eso.

Evidentemente, el envejecimiento orgánico es un fenómeno cada vez más ligado a la medicina, a la farmacología, etc.; son esas ciencias las que lidian con este aspecto de ese fenómeno humano. Sin embargo, en el mundo actual quien habla de ciencia habla de tecnologías y hablar de tecnologías es hablar de industrias y de comercio. Así, en relación con el envejecimiento físico encontramos toda una industria no sólo de medicamentos, sino también de productos que contribuyen a detener o por lo menos a ocultar el deterioro físico. Como en relación con tantos otros temas, en el mundo actual los instrumentos para hacer menos notorio y penoso el proceso de deslizamiento hacia la muerte están pésima y muy injustamente distribuidos. La estructura clasista de la sociedad no se modifica porque alguien sea viejo: hay ancianos que gozan de todo y hay millones de personas de edad provechosa que no están en posición de beneficiarse de los más variados paliativos que el mercado ofrece para mitigar dolores, fracturas, heridas, etc. Ahora bien, por muy favorecidas que sean algunas personas entradas en años, el proceso natural es imposible de detener y todo el bienestar del que gozan puede a lo sumo permitirles vivir relativamente bien unos cuantos años más. Por más que se esfuercen, sin embargo, los humanos no pueden alterar esencialmente el un tanto alarmante proceso natural de ir despidiéndose poco a poco de la vida.

B) *La vejez psicológica*. Para nuestros objetivos, que son básicamente de carácter aclaratorio, pienso que son dos los temas fundamentales que caen bajo este rubro. Está, primero, lo que me parece que es el tema primordial, al que podemos referirnos como la cuestión de la ‘constitución y deconstrucción del “yo”’; y, en segundo lugar, está el examen de los principales estados psicológicos que constituyen la vida psíquica del anciano. En relación con esto lo que hay que entender es que lo relevante son las peculiaridades de dichos estados psicológicos, porque el ser humano a lo largo de su vida tiene los mismos estados, sólo que éstos son diferentes en las diferentes etapas de la vida. Por ejemplo, sin duda alguna cualquier persona puede sentirse querida, pero no es lo mismo sentirse querido como niño que como adulto que como anciano.

Y lo mismo sucede con los demás sentimientos y emociones. En relación con la vejez psicológica, me concentraré exclusivamente en el tema del “yo”, por lo que iniciaré esta parte de mi exposición examinando la cuestión de la identidad personal.

Contrariamente a lo que muchos creen, el tema de la identidad personal es, en sentido estricto, el de una compleja relación que se da entre una persona y los demás. La utilidad de dicha noción es que alude a la posibilidad de que cualquier persona pueda en todo momento y por todo mundo ser identificada y reidentificada como siendo la misma persona. La cuestión de la identidad personal es una cuestión de interés público, no privado. Debería ser obvio para todo mundo que nadie necesita auto-identificarse, en el sentido de que uno pudiera equivocarse y pensar que uno no es la persona que es. Por una concepción absurda de “lo mental” y de la relación entre la mente y el cuerpo, J. Locke planteó el problema de la identidad personal precisamente como un problema que podría surgir para cada persona en sí misma. En efecto, dado que la mente y el cuerpo son sustancias lógicamente independientes, es lógicamente posible que un día una persona se vaya a dormir y que al otro día su mente se despierte en un cuerpo diferente al cuerpo con el que solía estar relacionado. Más que de patología mental, una situación así es claramente de absurdidad conceptual y de sinsentidos filosóficos tan patentes que los pasaré por alto, además de que no es este el debate que aquí nos concierne. Más bien y en contraposición con la temática genuina de la identidad personal que ya mencioné, en la que lo relevante es obviamente el cuerpo, quisiera considerar una problemática muy parecida a la de la identidad personal pero diferente de ella, *viz.*, la de la **mismidad** de la persona tal como ésta la vive, no tal como ésta se manifiesta físicamente (arrugas, cansancio, accidentes, etc.). Ahora bien, es claro que en relación con el deterioro de la vida psíquica el rol fundamental (y en cuanto a esto lo que Locke dice sí es acertado) lo juega la memoria. ¿Por qué? Porque así como tiene que haber mecanismos públicos para que cualquier persona pueda ser objetivamente reconocible por los demás, así se pinte el cabello, se haga cirugías plásticas o se queme las yemas de los dedos para borrar sus huellas digitales, así también la persona tiene que poder emplear expresiones como ‘sí, **yo me acuerdo** que cuando **yo tenía** 4 años **mis** padres **me** llevaban a la alberca’. En este caso el peligro no es el de confundir a una persona con otra. El problema consiste más bien en explicar cómo cada persona logra que las experiencias asociadas con un mismo cuerpo, esto es, el suyo, tengan la unidad, la continuidad y el sentido de modo que le permitan **auto-concebirse** como **la misma persona a lo largo del tiempo**. Esta unidad psicológica queda sintetizada y recogida en el uso del pronombre personal ‘yo’. Por consiguiente, el uso correcto del lenguaje en primera persona y en pasado es crucial para la constitución de la noción de un “yo” que cada quien se aplica a sí mismo. Obviamente, el cuerpo juega un papel esencial en este proceso y éste se vuelve viable porque los cambios corporales son muy lentos.

Es por eso que no se necesita un “yo 1”, un “yo 2”, un “yo 3” y así indefinidamente para hablar de **uno mismo**. Un solo ‘yo’ basta.

Ahora bien, si bien el concepto de un “yo” es construible gracias parcialmente a la memoria, su deconstrucción también es factible precisamente cuando dicha facultad falla. Se puede perder la memoria por completo, por ejemplo por un golpe, pero el deterioro de la memoria que a nosotros nos interesa es más bien el que resulta de un proceso de muchos años. La persona empieza por olvidar detalles: dónde dejó sus llaves, el número de teléfono de un amigo, el nombre de un lugar en donde estuvo en varias ocasiones, etc. Con el tiempo, este proceso se va agudizando: la persona deja de reconocer lugares y personas que le eran sumamente familiares, deja de nombrar a las cosas por su nombre y de actuar en consecuencia, como por ejemplo cuando alguien toma un tenedor como si fuera un teléfono. Finalmente, la persona deja de reconocerse a sí misma, por ejemplo cuando está frente a un espejo. A partir de ese momento – podemos decirlo de esta manera – “ya no hay persona”. El cuerpo sigue cumpliendo con sus funciones motrices básicas, con sus funciones vegetativas, etc., pero la vida consciente **estructurada y coordinada** quedó atrás. Eso que llamamos ‘auto-conciencia’ simplemente se pulverizó. Allí, propiamente hablando, termina la vida psíquica normal de la persona. Así como su construcción como tal llevó varios años, su desintegración como persona también es un proceso de varios años. En esas condiciones, lo único que queda por hacer es esperar a que el organismo deje de cumplir con sus funciones vegetativas o que la persona muera por alguna otra causa natural.

Muy probablemente, la desintegración de la persona es un aspecto sumamente deprimente del fenómeno del envejecimiento y la vejez de alguien. Sin un “yo” que se exprese, quien otrora fuera una persona se convierte literalmente en un objeto viviente. La gran ventaja de esa situación es que la persona ya no está consciente de su situación y, en ese sentido, ya no sufre. Básicamente, el sufrimiento del viejo puede ser de carácter orgánico o puede concernir a su “yo” social, puesto que la desintegración de su conciencia y de su auto-conciencia no es algo que duela o que haga sufrir. Dejando de lado el malestar físico (infecciones, inflamaciones, cáncer, etc.), la desgracia para quien hasta entonces había sido un ser autónomo consiste más bien en que se vuelve cien por ciento dependiente de otros. Estos otros pueden ser gente que lo quiera y lo cuide, con lo cual la última fase de vida quedaría protegida, pero es claro también que está expuesto a toda clase de mal trato o de abandono y que lo que le resta de vida puede volverse un tormento infernal. Tal vez podríamos describir la situación afirmando que el anciano senil requiere de un “yo” diferente que lo proteja, porque él quedó desprovisto del suyo. Yo creo que desde la plataforma de la vida completa, la desintegración del “yo” es lo peor que le puede pasar a una persona, es el peligro a evitar hasta donde ello sea factible.

C) *La senectud social*. Aludí más arriba al hecho de que, mientras psíquicamente el anciano goce de suficiente salud, el cuerpo seguirá su evolución natural hacia su descomposición total, pero este proceso de debilitamiento corporal puede venir acompañado de un reforzamiento de ciertas funciones psicológicas. El cuadro es el siguiente: el individuo es un hombre de edad proveya pero está lúcido y, por consiguiente, es susceptible todavía de interactuar con los demás, esto último naturalmente desde la plataforma de su precariedad vital. Es muy importante entender esto, porque es cuando las condiciones de decrepitud física, deterioro mental y decaimiento social se dan pero están lejos todavía de alcanzar grados alarmantes, o sea, cuando los tres “yoes” mencionados constitutivos de la persona siguen operando aunque no sea ya en óptimas condiciones, que podemos decir de la persona de edad avanzada que es afortunada y que está en las condiciones apropiadas para disfrutar su vejez. Teóricamente, es una gran mentira la tesis de que hay edades que no son disfrutables sino que sólo se padecen. Una de las grandes equivocaciones al respecto consiste en pensar que hay sólo una forma de disfrutar la vida, que sería, *e.g.*, la de los adultos en plenitud de sus facultades. Esto yo creo que es un error. Así como puede haber una infancia feliz, una adolescencia maravillosa, una madurez envidiable, así también **puede** haber una vejez exitosa y feliz. Lo que hay que entender es que son modalidades inconmensurables de felicidad. Para empezar, son muchas más las condiciones que hay que satisfacer para que podamos hablar de una vejez afortunada que de la felicidad en otras edades. Es mucho más fácil que un niño sea feliz a que lo sea una persona de edad avanzada. En relación con esto, deseo sugerir que es precisamente en relación con el “yo” social del anciano que se da la conexión interesante entre vejez y filosofía. Desde luego que el hombre de edad avanzada no puede competir en posibilidades de realización con una persona que tiene la mitad de años que él, pero es igualmente evidente que él tiene algo que gente más joven no puede tener, como lo es disponer del suficiente material existencial que le permita al sujeto contemplar en una visión amplia y profunda su propia vida, su vida como un todo. Enfatizo aquí el ‘puede’ por la simple razón de que el que el ideal se alcance no es una expresión de una ley de la naturaleza, sino el resultado de una coyuntura especial en la que se conjugan cosas como salud aceptable, lucidez mental, un mínimo de bienestar natural y un cierto nivel cultural y coyunturas así ciertamente no están al alcance de todas las personas que llegan a la vejez. Si hay un momento apropiado en la existencia de las personas para hacer un balance de ella es precisamente cuando se cruzó el umbral del otoño y se está ya en el invierno de la vida, pero a buen recaudo. Nuestra inquietud es entonces: ¿cómo se vive la vejez en esas condiciones? O, alternativamente: ¿en qué consiste una vejez feliz?

Antes de abordar el tema de la senectud feliz quisiera rápidamente considerar, de manera global y general, algunos aspectos de la vida emocional y sentimental del

adulto mayor. Para empezar, debo decir que la reflexión sobre esta temática conjuga tanto consideraciones de orden *a priori* como de carácter empírico y en ocasiones hasta de sentido común. Las preguntas no son de tipo ‘¿Siente amor un viejo? o ¿le gusta al viejo reírse?, sino más bien ¿**cómo** se siente querido un viejo o **bajo qué circunstancias** un viejo se reiría de buena gana? Una vez más, los niños también se sienten queridos y se ríen con envidia, pero obviamente se trata de reacciones diferentes y la prueba de ello es que muy probablemente el nieto y el abuelo no se reirían por lo mismo ni se sentirían queridos o rechazados por lo mismo. Luego aunque hablamos de risa y de afecto en ambos casos, hablamos de cosas diferentes. Lo que, por consiguiente, nos interesa es detectar **lo específico** de la vida mental del hombre de edad proveya. Sobre esto diré unas cuantas palabras solamente.

A mí me parece evidente que la vida psicológica del hombre mayor es *sui generis* y es en lo esencial radicalmente diferente de la de personas de otras edades. Sin duda las efusiones, los juramentos, las convulsiones emotivas y demás no forman parte ya de su repertorio conductual ni corresponden a su forma de sentir. Y esto es perfectamente comprensible: la vejez es la etapa preparatoria para la muerte. Las ilusiones, los proyectos, las esperanzas, las metas a largo plazo, etc., ya no ejercen ningún atractivo sobre él. Es por eso que en realidad el viejo decididamente vive en el presente y se reconforta con el pasado. Como todo ser vivo, necesita comer, pero su alimento espiritual son ante todo los recuerdos. Por otra parte, la seguridad que él busca para su incierto presente la encuentra en el afecto seguro, cotidiano, cálido y se deleita viendo fluir la vida de los seres queridos que lo rodean. Su “yo” todavía palpitante ya no es lo que importa. Sin duda se produce en el hombre de edad avanzada una especie de transmutación o de transformación que hace que más que sentirse emocionado por lo que le sucede a él se emocione con las emociones de los demás. Pocas cosas hacen feliz al viejo como ver que su hijo o su nieto están contentos o que triunfaron en algo. Esto me lleva a otro punto que considero particularmente importante.

Es claro que así como un niño puede sentirse abandonado un anciano también puede sentirse olvidado, pero obviamente sus respectivos trasfondos son muy diferentes entre sí. Sin duda, el espectro emocional del viejo es mucho más reducido que el de las personas que están en plenitud de sus capacidades. Yo creo que es importante preguntar: ¿a qué le teme más el hombre de edad senil? Aventuraré la idea de que lo que más teme el anciano es la violencia física, la tortura psicológica y las muestras de ingratitud por parte de quienes fueron sus seres queridos. El temor al trato violento es totalmente comprensible, puesto que el viejo está a partir de cierto momento en estado de total indefensión. Alguien que, por las razones que fueran, quisiera vengarse de él físicamente no tendría en principio ningún problema en ello. Por otra parte, el verse traicionado, ignorado, mal tratado por alguien a quien uno

cuidó, por quien uno trabajó, etc., hace nacer en la persona afectada uno de los sentimientos más desoladores de los que se pueda tener experiencia en la vida y es el que brota de la vivencia de la ingratitud. La experiencia de ingratitud es obviamente una emoción compleja, puesto que conjuga elementos tan variados como un sentimiento de impotencia, una pena especial pero muy intensa, el enojo, el desencanto y la amargura. Morir de muerte natural pero sintiéndose mal correspondido debe ser de las más dolorosas formas de fallecer. Con la ingratitud última se rompe definitivamente el vínculo con el mundo y no le queda al anciano otra cosa que el deseo de ya morir.

La vejez intermedia, esto es, aquella edad en la que uno ya no es un hombre maduro sino ya un hombre clasificado como de la tercera edad pero que no está todavía completamente “*gaga*”, es la etapa de la vida ideal para hacer algo que no podría haberse hecho en una etapa anterior y que posteriormente sería orgánicamente imposible hacerlo. Me refiero a su balance definitivo, a sus sumas y restas existenciales, a su juicio último sobre sí mismo, a su valoración sobre si finalmente la vida valió la pena de ser vivida. Es ese justamente el momento en el que se puede reconocer ante uno mismo errores y de volver a disfrutar aciertos y logros, todo ello desde luego para uno mismo, pero también para compartir esos últimos pensamientos, sus pensamientos más íntimos, con alguien cercano, con alguien más. Desde luego que son pocas las personas de la tercera edad que gozan de las condiciones materiales y que satisfacen los requisitos intelectuales y culturales para poder cerrar su existencia con una sumatoria de pensamientos sobre su vida y el valor y el sentido de la existencia. Por eso no hablo aquí más que de una posibilidad de realización.

Yo pienso que el ser humano que envejece correctamente lo hace en el sentido de la **despersonalización** y, hasta donde ello es factible, de la **descorporeización**. Lo primero es un ideal que podemos presentar como sigue: el envejecimiento correcto es el del hombre que se identifica cada vez más con la vida en su conjunto, con el mundo en su totalidad, con los seres humanos considerados en general y que deja de tener intereses egoístas. Yo diría que se puede apostar a que la mejor manera de morir es sintiéndose cada vez más como parte del todo, un todo a lo cual uno se integra después de haber disfrutado de la maravillosa experiencia de la vida.

## V) *El Análisis de la Vejez*

Como ya lo he manifestado, para los efectos de **este** trabajo opté por dividir lo que normalmente cae bajo un único rubro, a saber, “vida mental” o psicológica, en dos grupos. Lo que me interesaba, con objetivos aclaratorios en mente, era separar experiencias como la de tener hambre, frío, dolor, percepciones visuales, auditivas y

demás de experiencias como la de tener amigos, ser respetado por sus vecinos, detestar a alguien, ser olvidado por sus amigos, etc. Lógicamente, las experiencias del primer grupo se pueden tener sin que haya ninguna interacción con otras personas, en tanto que eso no es posible con las experiencias del segundo grupo. Es de éstas de las que quisiera velozmente ocuparme ahora.

Curiosamente, el examen de la faceta social de la vejez tiene inevitablemente un carácter introspectivo. En este caso la pregunta que nos incumbe no es ‘¿cómo se conducen los viejos?’, sino ‘¿**qué se siente** ser viejo o, alternativamente, **cómo se vive la vejez**? El tema es un tema abierto, en el sentido de que puede ser abordado desde muy variadas perspectivas. En lo que a mí concierne, los aspectos que me resultan más dignos de ser tomados en cuenta y en los que me concentraré son los siguientes;

- a) la perspectiva global del anciano
- b) las principales aspiraciones del viejo
- c) las actitudes del hombre entrado en años hacia los demás
- d) la vida interna del adulto mayor

Me parece que si damos cuenta satisfactoriamente de los temas mencionados, hasta donde éstos lo permiten, estaremos indirectamente respondiendo a la pregunta recién planteada.

a) *La perspectiva global del viejo.* Yo creo que el dato fundamental de la vida consciente del individuo de edad avanzada es que éste sabe que, en el sentido coloquial de la expresión (*i.e.*, no en el sentido que llamé ‘cronométrico’), él ya no tiene un futuro. Para el viejo la idea de plantar un árbol o de tener hijos son situaciones que aunque fueran físicamente construibles ya no tendrían para él ningún sentido, son enteramente ajenas a sus intereses reales y no entran ya en su perspectiva de lo que le queda de vida. La mirada del individuo entrado en años está acaparada por el presente, *i.e.*, lo inmediato, y por el pasado, que es el contenido vital de su existencia, hasta donde su memoria le permite retenerlo. De ahí que el cuerpo, con todo lo que éste acarrea, deje de ser interesante para el viejo salvo para lo que tenga que ver con la continuidad de la vida. La verdad es que si hay una clase de seres humanos en los que se cumple el ideal de algunos filósofos (como es el caso de Plotino, de quien se dice que se avergonzaba de tener un cuerpo) es la clase de las personas de la tercera edad. Es simplemente absurdo que con un cuerpo cada vez más deteriorado y disfuncional alguien se siga interesando en los placeres corporales, que la gula o la lujuria sigan representando para él grandes atractivos, que piense en el último grito de la moda o cosas por el estilo. De manera que, de uno u otro modo, la vida del ser humano que rebasó los 73 o 75 años tiende a ser cada vez más de carácter intelectual o, si se prefiere, espiritual y lo físico se vuelve simplemente lo inevitable: hay que comer,

dormir, tomar agua, los medicamentos, bañarse, etc., pero todas esas funciones son imposibles de no cumplir, pero no tienen que ver con objetivos fijados por él mismo. Lo que es importante aparece en otros planos de la vida. Por ejemplo, es el momento de la vida, cuando el sujeto tiene tiempo para ello, en el que realmente tiene sentido decirse a sí mismo cosas como “Ay! Si le hubiera hecho caso a mi padre en aquella ocasión!” o “¿Por qué no fui a verla cuando me buscó?” o “Yo debí haber estudiado arquitectura, que era lo que realmente me gustaba” o cosas de esa índole. Se trata de formas legítimas de hacer recuentos y balances. Si lo que he sostenido es acertado, entonces descubrimos parte del valor intrínseco de la vejez: es la etapa de la existencia en la que, sin aspavientos, sin reproches, sin lamentos, el sujeto puede pensar acerca de **su** vida, contemplarla y evaluarla de manera global.

b) *Aspiraciones del anciano*. A mí me parece que a lo que más que aspira el anciano no completamente senil es a morir en paz, lo cual significa ante todo sin dolor y rodeado de seres queridos, familiares u otros. A mí me parece que a lo que más aspira el hombre de edad avanzada que vive en condiciones como las enumeradas más arriba es a la tranquilidad material y a la serenidad sentimental y emocional. Sin duda, es en este contexto vital que la creencia en Dios (o por lo menos la idea de Dios) puede convertirse en el último faro en su vida, entre otras razones porque ya en la frontera última de la vida todo lo contingente, por importante que haya sido, se vuelve casi insignificante. Esto tiene una explicación: ya objetivamente no queda ni una posibilidad de interactuar con todo aquello que en su vida fue tan valioso. Hay un sentido en el que a esas alturas de la existencia uno ya no está propiamente hablando en la vida, sino que más bien la contempla cada vez más a distancia, así como el Voyager II se aleja del sol y se adentra en una zona del espacio en la que el calor del astro rey ya no se siente. Es perfectamente comprensible que lo que otrora se vivió con pasión visto desde la última escala vital resulte fútil o banal. El anciano en su mejor momento se da perfectamente cuenta de que su participación en la vida humana llegó a su fin. Casi podríamos decir que le da lo mismo si estalla una guerra atómica que si no estalla. Por decirlo de algún modo, él tiene ya un pie en el otro mundo. **Este** ya **casi** no cuenta. Desde luego que sus nietos le alegrarán la vida, pero sus emociones ya serán diluidas porque, entre otras cosas, a él ya le habrá quedado claro que también ellos, si el torbellino de la vida no los arrastra antes, llegarán a la etapa en la que él se encuentra y, como él, entenderán entonces que “todo es vanidad”.

c) *Actitudes*. El viejo en general se vuelve un ser cauto y ello por una sencilla razón: está cada día más consciente de su fragilidad y de su cada vez más marcada dependencia respecto a las personas que lo rodean o con quienes vive. Lo que más teme el viejo es, como ya lo señalé, la violencia que él sabe que en todo momento se puede ejercer sobre él. Desde luego que la violencia contra el anciano se puede generar en la calle, pero dadas sus limitaciones físicas la violencia más temible es la que se

puede desencadenar donde vive y por parte de quienes con él conviven. Son inenarrables las tragedias que en este sentido se producen en la vida cotidiana de nuestros tiempos. Por una serie de razones, algunas discutibles y otras decididamente erradas, la violencia contra la mujer quedó concebida como el crimen supremo, dada la inferioridad física de la mujer frente al hombre. Es obvio, sin embargo, que ese tema, exaltado *ad nauseam*, ocupa el lugar que ocupa en la atención pública porque es un tema impuesto literalmente por la fuerza. Esta imposición, sin embargo, es no sólo arbitraria sino injusta, por lo menos en el sentido de que le resta importancia a la violencia contra los niños y contra los ancianos, desviando la atención de la gente y alejando sus pensamientos de la a menudo triste realidad del viejo. Es obvio que una mujer de 35 años, aunque sea más débil que un hombre, puede defenderse mejor físicamente frente a una agresión masculina que lo que podría hacerlo un anciano sentado en su silla de ruedas. A diferencia de lo que pasa con las personas de otras edades, dada su patética situación el no ayudar al viejo que lo requiere ya en sí mismo es un acto de violencia y debería ser penalizado.

Si la agresión externa contra el viejo genera en éste toda una gama de sentimientos y emociones nada agradables, terror por ejemplo, la agresión interna es todavía peor. Es desde luego alarmante sentirse en estado de indefensión y saberse incapaz de responder a una agresión física por parte de un desconocido, pero si la agresión es proviene de seres cercanos a él, la vivencia de la víctima es la de terror enriquecida con la de ingratitud. Es altamente probable que la ingratitud sea uno de los sentimientos que más confunde, que más desasosiego causa, un sentimiento que hace que la persona que lo padece pierda todo deseo de vivir, porque es el sentimiento de haber sido traicionado precisamente por lo que uno más quería, por seres en quienes uno tenía confianza, a quienes uno les dedicó su vida o parte de ella y quienes de una u otra forma tenían una deuda con él. Sin duda, con la ingratitud se desvanece el deseo de vivir. El miedo deja temblando al indefenso, pero la ingratitud provoca además amargura, la muy desagradable sensación de saberse engañado o mal retribuido y ello por la gente que uno más quiso y en circunstancias en las que uno ya sólo es un agente pasivo. Por ejemplo, que a uno un ladrón en su casa y en su cara le robe sus ahorros es algo terrible, desesperante, desolador, etc., pero que eso mismo lo haga un hijo es como recibir una puñalada dada por alguien que nunca se nos habría ocurrido que sería capaz de darnos. Desafortunadamente, eventos de esta clase son parte, como dije, de nuestra vida cotidiana.

d) *Vida interna*. Teóricamente, una persona de edad avanzada debería poder enunciar, no desde luego a la manera de una conferencia o de un texto escrito, lo que podríamos describir como “eso que la vida le enseñó”. Si la persona en cuestión tuviera la lucidez suficiente, debería poder sintetizar lo que habría que llamar su “sabiduría”. Muy probablemente, habría mucho en ello de generalizaciones, inducciones simples,

moralejas extraídas de situaciones especiales, etc. Eso sería lo que él habría aprendido a lo largo de su existencia. Podemos asegurar que no todo lo que está en el catálogo de sus verdades es aceptable para todo mundo, pero de seguro que por lo menos en múltiples casos algo se podría aprender de lo que el hombre que está en el momento óptimo de su vejez podría decirle a los demás, *i.e.*, a sus hijos, a sus nietos, a los hijos de sus amigos, etc. El problema es que a menudo aunque innecesariamente, los viejos tienden a ser más bien parcos en sus pronunciamientos. Con no otro fin que el de ilustrar lo que he dicho, mencionaré rápidamente algunas de esas “verdades de anciano” que de hecho yo he escuchado de boca de algunos de ellos y que, no tengo la menor duda, pueden resultar sumamente enriquecedoras. Advertiré, sin embargo, que es una selección enteramente arbitraria y forzosamente descontextualizada, por lo que la conexión con el trasfondo discursivo no está dada. Pero veamos algunos ejemplos:

- (1) La vejez no viene sola
- (2) Cada quien tiene su forma de ser “tonto”
- (3) En la vida o se tienen cosas o se tienen ideas
- (4) El secreto de la vida sin problemas: formas, formas y formas
- (5) Se puede vivir sin mujer, pero no sin ajo y sin cebolla
- (6) La mano del hombre es muy dura, pero el lomo de la mujer es más duro.

Estos dichos son de gente que conocí personalmente cuando ya estaban en la fase última de su vida y a quienes les oí decir lo que transcribí. Todos esos “dichos” tienen su razón de ser, son perfectamente explicables y puede argumentarse que algo enseñan en relación con sus respectivos temas, pero sobre todo cápsulas informativas que sintetizan sus respectivas experiencias y las moralejas que de ellas extrajeron.. En relación con esto, quisiera destacar dos puntos. Primero, no estoy sosteniendo que necesariamente todos los viejos tengan algo que decir. De seguro que hay millones de personas que sólo supieron existir y que al llegar a la antesala de la muerte no tienen nada que decir. Y, segundo, al hablar de la “sabiduría” del hombre entrado en años no estoy refiriéndome a ninguna especie de “sabiduría académica”, sino a sabiduría respecto a cómo vivir, a qué errores no repetir, a qué desde su perspectiva era lo más valioso de la vida y cosas por el estilo. Lo que el viejo a través de sus fórmulas simples da es lo que aprendió o cree que aprendió, porque no necesariamente su verdad resulta aceptable por todos. Y no olvidemos que las as “verdades” del anciano de alguna manera reflejan lo que fue su vida. En todo caso, lo interesante es que él formule sus lecciones de vida y que pueda compartirlas.

Que el deterioro físico y psíquico acarren consigo el deterioro de la vida social del hombre de edad proveya no es ninguna rareza y es perfectamente inteligible. Los

seres humanos quieren actuar, tener nuevas experiencias, desarrollar sus facultades, etc., y todo ello dificulta las relaciones personales con quien ya no está en posición ni de hacer lo mismo ni de querer lo mismo. Es normal entonces que cada día más el viejo tienda a quedar aislado. Siempre habrá nietos o bisnietos que lo visiten una vez a la semana, algunas personas que lo recuerden y vayan a saludarlo y eso es todo. Es en esas condiciones que se le presenta al viejo la oportunidad de meditar sobre lo que fue su vida, de recordar los pasajes más queridos de la existencia que está por extinguirse y de traer a la memoria situaciones decisivas y personas con las que convivió. Desde esa perspectiva, me parece a mí, casi todo tiene el mismo valor: son sólo recuerdos.

## **VI) *La paradoja del anciano***

Prácticamente, en todo lo que he sostenido en estas líneas a quien he tenido en mente todo el tiempo ha sido al hombre viejo que se encuentra en condiciones no lógicas, pero sí empíricamente óptimas. No se trata de fantasear elucubrando en torno a situaciones meramente posibles pero que no tienen visos de materializarse. ¿Cuáles son esas condiciones ideales del estado de vejez? Una condición física frágil pero básicamente sana, un estado de dependencia pero bien tratado por la gente de su entorno, una vida mental quizá disminuida pero todavía operativa. Claro que estoy consciente de que esa no es la situación de la inmensa mayoría de la gente de la tercera edad. El hombre de edad proveya así concebido no es el individuo estándar, sino que es casi un ideal de cómo debería ser la vida del hombre de edad senil.

La sociedad contemporánea es una sociedad de producción y consumo permanentes, una sociedad poco espiritual en donde lo que se ve y lo que se tiene son criterios de distinción, de respeto, etc. En una sociedad así, el viejo decrepito y olvidadizo está prácticamente perdido. De hecho, corre seriamente el riesgo de ser concebido y tratado como una mercancía de desecho. Si la gente que rodea y trata al viejo en su etapa final no es gente mínimamente educada, si no es gente de sentimientos generosos, el viejo muy fácilmente puede convertirse en un lastre o en un estorbo para los demás. Se vuelve entonces un objeto de escarnio y de acoso, con lo cual la última fase de la vida cotidiana del anciano puede convertirse en un auténtico tormento.

Recordemos de quién estamos nosotros hablando: hablamos de un hombre que está, por así decirlo, a la mitad de su vejez. O sea, no es ni un viejo joven ni un viejo decrepito, chocho, sin fuerzas hasta para levantarse, a quien hay que bañar, dar de comer, es decir, un adulto que es por segunda vez un niño. El viejo del cual hablamos tiene todavía la capacidad de preguntarse a sí mismo: ¿quiero seguir viviendo este

proceso que ya en forma inminente me llevará a lo que sin duda será la peor etapa de mi existencia? Estamos concediendo que el viejo del que hablamos **puede** hacerse todavía semejante pregunta. Pero la respuesta es problemática porque, por una parte, **nadie** en sus cabales quiere llegar a un estado de total dependencia, de decadencia intelectual, sometido a los caprichos y los vaivenes temperamentales de la gente con la que convive. Esa no es una situación que alguien **pueda querer**. Pero, por otra parte, el hombre de edad proveya es un ser vivo y como tal se aferra a la vida y eso perfectamente normal y comprensible. Pero entonces el viejo que goza todavía de una cierta lucidez se encuentra en una situación tan paradójica como desesperada: por lo menos en el pensamiento, tiene que optar entre desear seguir viviendo a sabiendas de que si eso pasa él desembocará en la peor situación posible o desear morir cuando todavía está lúcido, puede razonar, goza de suficiente autonomía, se puede desplazar solo, etc. Yo creo que a para este dilema, que no parece tener una solución satisfactoria, la única respuesta posible es: que se haga la voluntad de Dios!